

LA LLEGADA DEL BUEN TIEMPO



«Cae o cayó. La lluvia es una cosa
que sin duda sucede en el pasado.»

~ J.L. Borges



ACÍA MESES QUE LLOVÍA sin cesar. No era una lluvia que llamase particularmente la atención. No había en ella ni la exuberancia de la tormenta ni la urgencia lapidaria del chaparrón. Ni siquiera alcanzaba la precaria persistencia del calabobos. Era un esbozo de lluvia, leve como cabello de ángel, un *pentimento* del cielo, tan sutil que ni los satélites meteorológicos más sensibles ni la gente del campo —siempre atenta a las variaciones de luz o a las inclemencias del reuma— lograban percibir. En la televisión una chica de sonrisa impostada predecía sol una semana más como, por otra parte, venían haciendo en todos los

canales desde hacía meses. A pesar de ello él podía verla cada mañana en su ventana, trazando pinceladas de trazo febril, casi impresionista, sobre el cristal. Más de una vez pensó que se trataba solo de un efecto de la luz sobre el cristal de su habitación, un espejismo atroz de la soledad que —como los desiertos— gusta de invocar sus oasis apenas por pasatiempo. Otras veces imaginaba que una combinación improbable de refracciones revelaba esa lluvia secreta, tal como la incidencia de la luz sobre un pozo a cierta hora había revelado a Eratóstenes la circunferencia de la tierra. Al salir al patio su vecina lo saludó con una sonrisa deslumbrante, solar, de emoticono:

—Nos espera otro día de sol, vecino —dijo.

—Otro más —asintió él con sonrisa forzada, sujetándole la puerta, haciendo tiempo para que la mujer saliera a la calle mientras apretaba a su espalda, cada vez con más fuerza, el mango húmedo del paraguas.